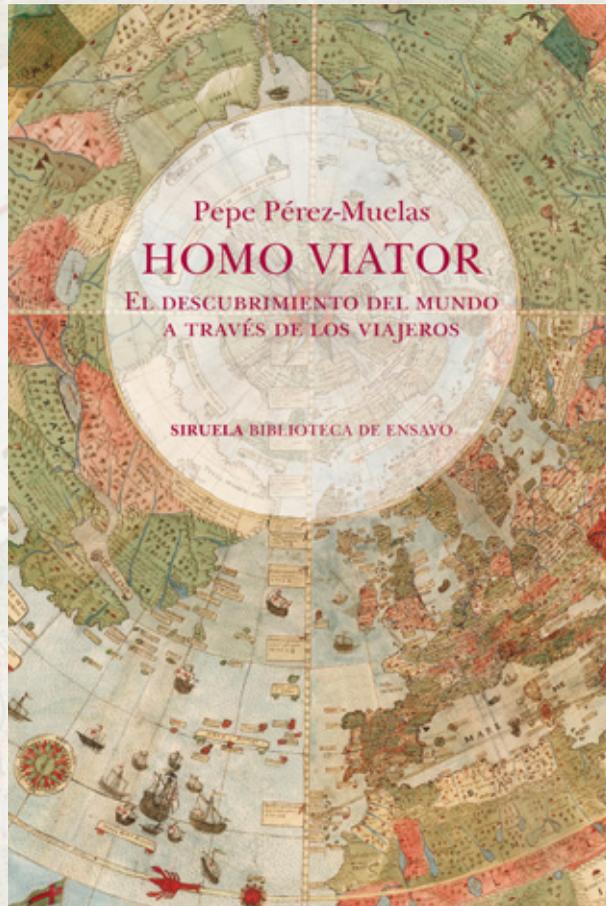


Dosier de prensa



«*Homo viator* cuestiona el mito de que somos una especie sedentaria. Nuestra condición es nómada, no dejamos nunca de movernos, y el viaje perpetuo explica el mundo. Decir esto es fácil. Contarlo con la sabiduría, la amenidad y el estilo de Pérez-Muelas es, simplemente, genial.»

SERGIO DEL MOLINO

EN LIBRERÍAS EL 20 DE SEPTIEMBRE

Ediciones Siruela **BIBLIOTECA DE ENSAYO**



PEPE PÉREZ-MUELAS

(Lorca, 1989) estudió Filología Hispánica en Granada, cursó estudios en la École Normale Supérieure de París y un máster en cultura latinoamericana en la Sorbona. Actualmente reside en Sevilla, donde ejerce como profesor de Literatura y colabora con distintos medios. *Homo viator* es su primer libro.

«*Homo viator* es un viaje de viajes. Por sus páginas discurren miles de caminos transitados, propios y ajenos. Lugares que he recorrido, otros que solamente he imaginado o leído en crónicas. Este libro aspira a que el lector haga de estas palabras un mapa con el que guiarse en futuras expediciones».

PEPE PÉREZ-MUELAS

«*Homo Viator* es un auténtico festín para el viajero curtido, el aventurero, el amante de la historia y para quien disfruta viajando desde el sofá. Impresionante».

MARÍA BELMONTE

«Tomen nota de *Homo viator*. Es una delicia».

FERNANDO IWASAKI, *Abc*

«A medida que avanzas en la lectura vas cayendo en una extraña fascinación: la voz de Pérez-Muelas se te va haciendo simpática y cercana, te atrapan su forma de contar fresca y felizmente desinhibida, sus gustos tan personales (...), y ya no puedes parar».

JACINTO ANTÓN, *El País*

«*Homo viator* se alimenta de la pasión de su autor por los libros, de las crónicas de los peregrinos históricos y de las grandes rutas».

MIGUEL ÁNGEL RUIZ, *La Verdad de Murcia*

PUBLICACIÓN: 20 de septiembre de 2023

BIBLIOTECA DE ENSAYO MAYOR n.º 136

Literatura de viajes

456 págs. rústica con solapas

Thema: WTL

ISBN: 978-84-19744-43-2

PVP: 23,99 / 24,95 €

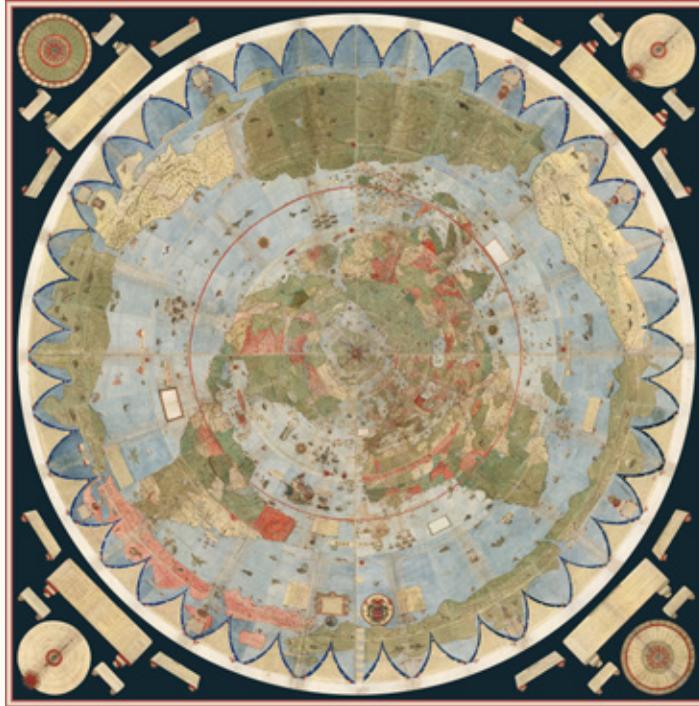
PVP e-book: 11,53 / 11,99 €



9 788419 744432

Homo viator

*El descubrimiento del mundo
a través de los viajeros*



El ser humano se hizo viajero para sobrevivir. Lleva impreso en su genética el movimiento, la necesidad de ir más allá de lo que alcanza su vista. *Homo viator* trata sobre esos hombres y mujeres que lo dejaron todo en pos de lo desconocido, en un tiempo en el que los mapas no representaban la verdad de la geografía; narra la historia de la humanidad a través de sus viajes, desde la cotidianidad de las crónicas hasta las heroicas gestas, un continuado trasvase entre culturas y civilizaciones, un diálogo en presente con las grandes rutas del ayer.

De la mano de Urbano Monti —geógrafo del siglo XVI y artífice de un visionario planisferio—, no solo cruzaremos los más salvajes y exóticos territorios, sino que visitaremos también las salas de los principales museos y bibliotecas, guardianes de la memoria literaria y cartográfica de las expediciones que, a lo largo de los siglos, han ido ampliando nuestro horizonte, expandiendo nuestra representación del mundo.

Seguiremos los avatares de cientos de exploradores, de Marco Polo a Ibn Battuta, de Colón el navegante al astronauta Gagarin... Nómadas incurables, gloriosos descubridores y malhadados aventureros que se perdieron sin alcanzar jamás su destino, pero cuyas derrotas, sin embargo, condensan el más puro anhelo de conocimiento y superación. Porque somos los lugares en los que hemos estado, porque no hay nada más humano que viajar.

Fragmentos de *Homo viator*

Santa Helena y un sepulcro vacío

Siempre la he imaginado así: una calle estrecha que se eleva y se retuerce conforme asciende hacia un monte; la colina, fuera de las murallas de la ciudad vieja (ya vieja por aquel entonces, ancestral), rodeada de olivos que se estremecen con la llegada de la noche; fragmentos de un madero multiplicado, una sábana mortuoria con las huellas sanguíneas de un hombre, los clavos aún goteantes (a pesar de los siglos), una esponja con vinagre; una tumba vacía; una piedra sobre el mundo. Es Jerusalén en un siglo de cambios.

Todo eso anhelaban encontrar los peregrinos que desde todas las partes de la geografía acudían a su encuentro. Buscaban los últimos pasos de Cristo, el mesías que había llegado a la tierra para redimir a la humanidad. Seguían con devoción el escenario de una pasión estremecedora, al calor del desierto cercano y con los ojos llenos de lágrimas por una fe recibida en rincones soleados.

Pero la Jerusalén de los peregrinos no era la misma que la de los tiempos en los que Jesús murió crucificado. Por lo pronto, antes de que el cristianismo triunfase y se convirtiese en la religión oficial del Imperio romano, la ciudad había sufrido varias catástrofes: la más letal de ellas fue provocada por el levantamiento judío en el año 66. Cuatro años después, las legiones romanas mandadas por Tito asolaron el Templo de Salomón y desfiguraron su urbanismo caótico. Roma quiso romanizar Jerusalén y acabó siendo cristianizada. Quien se acerque a los Foros Imperiales en la capital italiana observará en un relieve interior del Arco de Tito a un grupo de romanos portando la menorá, el candelabro de siete brazos expoliado junto a otras reliquias de la cultura judía. Una escena de resonancias históricas y con la que concluye *El último de los injustos*, un sobrecogedor documental de Claude Lanzmann sobre el Holocausto que vi en un cine de barrio parisino y que me ayudó a conectar la historia de los últimos dos mil años en apenas unas escenas.

Me quedé en ese momento en el que Jerusalén vuelve a ser atractiva para cientos de viajeros. Constantino ha reconocido que el cristianismo no es una secta maligna y ha permitido su culto gracias al Edicto de Milán en el 313. Eso significó que los cristianos dejasen de ser perseguidos por el Estado y que pudiesen expresar libremente su fe. Pronto el Mediterráneo se convirtió en un cruce de caminos que buscaba la palabra de Dios. Pero para mirar al futuro, el cristianismo tenía que buscar sus orígenes. Y estos no estaban en Roma.

Santa Helena lo sabía, devota de esta nueva religión. Tanto que se había esmerado en hacer ver a su hijo, Constantino, que la palabra de Cristo debía prevalecer. Le mostró el signo de la cruz antes de la batalla de Ponte Milvio contra Majencio (porque la religión cristiana también necesitaba su mitología oficial, al igual que Troya y los gemelos amamantados por una loba) y los vientos cambiaron a favor de los cristianos. Fue santa Helena la que, leyendo los textos sagrados que el Concilio de Nicea había formalizado años antes, viajó hasta Tierra Santa para cerciorarse de que aquella historia de Jesús había sido cierta. Y lo hizo con una fuerza irreductible, a pesar de haber cumplido los setenta años. En Jerusalén, Helena quiso descubrir el lugar exacto de la tumba de Jesús. Mandó destruir un templo dedicado a Venus y descubrió que bajo el amor se extendía el reinado de la muerte. Era el Santo Sepulcro, no había duda. Junto a él, la considerada madre de la arqueología encontró tres cruces (una de ellas la de Cristo), la esponja con la que los romanos habían empapado la sed del condenado con vinagre y el *titulus crucis*. Por último, mandó edificar la primera basílica del Santo Sepulcro (la primera de tantas de las que se compone en la actualidad, unas dentro de otras como una matrioska).

El Mundo Antiguo empezó con una Helena y con otra los dioses de la Antigüedad se ocultaron tras la figura de Cristo. La madre de Constantino puso Jerusalén en el mapa de los viajeros. Estos recorrerían miles de kilómetros, por mar y tierra, para encontrar consuelo en una fe nueva. Tras Helena, había nacido un nuevo concepto de viaje que sumergía sus raíces en la devoción: el peregrinaje cristiano. La vida de Jesús de Nazaret se había convertido en una estela de lugares dignos de visitar. Todos adquirieron el nombre de Tierra Santa, por la que tantos hombres y mujeres lo dejaron todo.

Egeria busca una estatua de sal

Egeria es un milagro del Mundo Antiguo. Y sin embargo, como esas stirpes maconianas, espera a hacer su aparición casi en el instante final, cuando ya Roma estaba dejando de serlo. Conocí su historia en un concierto. Se celebró en el Carmen de los Mártires de Granada. Llevados a la viola de gamba, el músico interpretaba los viajes de Egeria a través de la música. Posteriormente, un profesor explicó con detalle quién fue y qué hizo esta mujer maravillosa.

La chispa de la peregrinación a Tierra Santa había prendido entre los creyentes. Los lugares visitados no se limitaban a Jerusalén. Los peregrinos acudían también a Belén, a los emplazamientos donde Jesús había conocido a sus discípulos, como Cafarnaúm, en el mar de Galilea, Nazaret, y otros espacios bíblicos como el monte Sinaí,

donde Moisés recibió los Diez Mandamientos. Allí se había fundado, para alivio del peregrino, el monasterio de Santa Catalina. También se visitaban los llamados «martyria», lugares donde los discípulos de Jesús o los santos habían recibido castigo y muerte a causa de su fe.

Estas peregrinaciones, que llegaron a ser moda en el Imperio, sorprenden por la cantidad de mujeres que participaron en ellas. Se han conservado algunos nombres: Marthana, Marana Cira, María de Amida, Melania, una romana patricia que llegó a fundar un monasterio en el monte de los Olivos, y Paula, seguidora de san Jerónimo, que fundó un hospital de peregrinos en Jerusalén.

Pero la historia que más me fascina es la de Egeria, una monja del siglo IV nacida en Hispania (en la provincia romana de la Gallaecia). Egeria dejó los muros de su convento para peregrinar a Tierra Santa. Su legado se perdió en el tiempo hasta que en el siglo XIX se rescató entre los tomos malgastados de una biblioteca de Arezzo. El manuscrito recuperado no llevaba firma y se supuso que su autoría se debía a un varón. Pero pronto comprobaron los lectores que quien hablaba era una mujer. El nombre de Silvia de Aquitania se elucubró como posible autora del viaje, hasta que hace unas décadas, gracias a una carta, se probó que Egeria era la responsable de uno de los libros de viajes más asombrosos que jamás se han escrito.

Egeria cuenta, con una prosa llena de ilusión, un viaje de fe no exento de racionalidad. Tomando la vía Domitia, la monja atraviesa la península itálica, se embarca rumbo a Constantinopla y completa a pie la península de Anatolia hasta Palestina. Lleva una biblia en la mano y lee la geografía en las páginas de los Evangelios. Y encuentra un mundo mitológico en el interior de las murallas de Jerusalén, se embarca en excursiones a los alrededores, visita Belén, Nazaret, Cafarnaúm, cruza las fronteras de Palestina y se adentra en Egipto (el monte Sinaí y quién sabe si Alejandría) hasta Mesopotamia. El manuscrito que nos ha llegado está incompleto y su itinerario solamente puede ser reconstruido mediante especulaciones.

Su visión del viaje está llena de inteligencia, como demuestra su desencanto en el monte Nebo, cuando busca la estatua de sal en la que se convirtió la mujer de Lot a causa de la ira de Dios en los días de Sodoma y Gomorra. Contempla cada una de las piedras en el ardiente desierto y se da cuenta de que la historia no es más que una fábula.

El *Itinerarium* de Egeria supone la culminación de un género de viajes que se extendió por todo el Imperio, unas vivencias que mezclan la fe, la sed de conocimiento y la expectación del viajero ante lo desconocido. Surgió en un tiempo concreto en el que el cristianismo estaba saliendo de la oscuridad de las catacumbas, oficializándose

en la jerarquía romana, en un momento en que en el Mediterráneo disfrutaba de una paz que no duraría mucho. En efecto, los *itinerata* contaban la resurrección de una religión que se había mantenido en las sombras y que ahora dominaba el mundo conocido. Las peregrinaciones a Tierra Santa continuaron su flujo populoso, incluso en los siglos que siguieron a la toma de Jerusalén por parte del Califato Ortodoxo en el 637, poniendo sobre el tablero de juego una religión más, multiplicando las piedras sagradas en las mismas calles estrechas. Pero la paz (o la coexistencia, mejor dicho) no iba a ser eterna en la ciudad que promulgaba la vida eterna. El equilibrio se rompió precisamente cuando los cristianos del Occidente prometieron defender las caravanas de peregrinos hostigadas por los bandidos árabes. Habían empezado las Cruzadas. El cristianismo decidió que era el momento de recuperar la tierra que santa Helena había iluminado con sus viajes.

El chino Gan Ying quiere llegar a Da Qin

Gan Ying nunca vio la cúpula del Panteón al despuntar la mañana, justo cuando el color plomizo de la piedra volcánica desprende un brillo acuático. Tampoco paseó por los Foros a la hora en la que los senadores se dirigían a la Cámara para debatir la subida del impuesto del pan. Nada de eso pudo contemplar Gan Ying, un extranjero de una tierra lejana que se hubiese impresionado con el tráfico humano en el barrio de Suburra, al otro lado del mercado de Trajano. Tal vez, el mundo de aquella urbe le hubiese asustado. Su ruido, su olor a pescado fermentado de moscas y el tránsito de los gladiadores que iban a morir en la arena. La ciudad lejana era el final de su etapa. Un viaje diplomático destinado a acercar dos formas de dominar la vida de los hombres.

Gan Ying partió en el año 97 de nuestra era hacia Roma. Formaba parte de una embajada mandada por Ban Chao, un general de la dinastía Han que gobernaba los territorios al norte de China. Hacía décadas que los chinos habían escuchado hablar de un poderoso imperio en el otro extremo de la Ruta de la Seda. Lo llamaban Da Qin, el «gran Qin», en recuerdo de una de las dinastías más importantes que hubo. El nombre tenía resonancias propias. Pensaban que aquel país que se asentaba en Occidente debía representar una especie de espejo, una parte de China desconocida. Tres siglos después de la instauración de la Ruta de la Seda, Gan Ying fue mandado junto a un grupo numeroso de exploradores para entablar relaciones comerciales. Eran dos imperios que buscaban darse la mano y así conocer la extensión de sus puños. Pero la embajada se quedó a medio camino.

Solamente alcanzaron las costas del mar Negro, en Persia, una región marginal de Roma. Imaginemos, por ejemplo, que queremos describir la realidad del Caribe ba-

sándonos en el relieve litoral de las islas Canarias. Algo similar ocurre con Gan Ying y su relato sobre Roma. Pero lo que no permitieron los pies de los viajeros chinos sí lo facilitarían las palabras. Gan Ying escuchó a otros viajeros, comerciantes y soldados que hablaban de las costumbres de aquellos romanos lejanos. Y redactó un informe de lo que se encontraba al otro lado del gran mar. Habló de sus más de 400 ciudades amuralladas, de los pinos y cipreses que escoltan sus calzadas (quien haya ido a Roma sabe de sus parques y vías, la figura recortada de camino al Aventino, hasta el Jardín de los Naranjos).

En el año 97, Nerva ostentaba el título de emperador. Su gobierno duró apenas un año y medio, lo justo para que Gan Ying oyese hablar de él. De su mandato hay pocas huellas en la historia, eclipsado por otros emperadores posteriores. Sin embargo, el visitante que camine por los Foros Imperiales se detendrá en un extremo del complejo de templos y vías adoquinadas. A pocos pasos de la Columna Trajana (que aún no se había erigido), se encuentra «le Colonnacce», una puerta monumental que daba acceso a un templo. Resisten al paso del tiempo dos columnas corintias y una estatua de Minerva, testimonios que hoy en día pasan desapercibidos ante otros motivos más jugosos para los turistas (es difícil no contemplar el Coliseo desde la vía Fori Imperiali o la basílica de Majencio, a la derecha, incluyendo la ya citada Columna de Trajano, a nuestras espaldas).

Poco más queda de Nerva hoy en Roma: un foro que empezó a construir su antecesor, Domiciano, al que le aplicaron el peor de los castigos una vez muerto, la *damnatio memoriae*. Y los Foros romanos le han correspondido, a pesar de su corto reinado. «Le Colonnacce», que no pudo ver Gan Ying en su deseo de pasear por Da Qin, pero del que probablemente escucharon hablar los emperadores chinos, tan lejanos como hoy nos parece Nerva.

Eneas, el primer refugiado de la historia

Eneas fue un refugiado. Tal vez el primero cuyo nombre recuerda la historia. Hijo de una derrota, huyó de Troya cuando sus templos ardían, los hombres eran degollados por las espadas aqueas y las mujeres violadas para saciar diez años de guerra (siempre vi en el Berlín del 45, el del asedio ruso, una Troya moderna). Pero Eneas sobrevivió. Escapó por una brecha de los muros de Ilión con su hijo Ascanio entre los brazos y su anciano padre, Anquises, apoyado en el hombro. Una sagrada familia pagana, derrotada, obligada a cruzar el Mediterráneo de una punta a otra sin un destino fijo, huyendo de la muerte para abrazar la vida en un territorio extranjero. Una historia repetida miles de veces en el mar que nos cobija, desde Troya hasta la última guerra de Siria.

No hay nada de la grandeza de Roma que no haya sido ceniza en Troya. La historia que quisieron contar los romanos pasaba por aquella guerra que comenzó siglos antes de que Rómulo y Remo apostaran su reino en una colina observando el vuelo de los pájaros. Eneas era un príncipe troyano sin demasiada importancia, pero relacionado con Venus, puesto que la diosa de la belleza le había dado la vida. Contaba, pues, con la protección de buena parte del Olimpo. Y no era poca cosa para la época, teniendo en cuenta que Ulises, el héroe especular de este Eneas fracasado, pasó diez años vagabundeando de isla en isla porque Poseidón le había cogido manía.

El viaje de Eneas simboliza la búsqueda de la nación romana, aquel lugar en el que los supervivientes de Troya construyeron su nueva patria, más fuerte que la original, pero sin olvidar sus calles. La sangre de Troya corre por Roma, quisieron entender los historiadores romanos, los propagandistas que veían en el Capitolio la cima de su mundo y una sombra del rey Príamo asomándose para ver a Grecia derrotada. Su periplo comienza en Tracia, donde son recibidos con las espadas en alto por los campesinos. ¿Quién quiere acoger a una horda de derrotados que no tienen nada que perder porque lo han perdido todo? La historia de la humanidad podría resumirse en este encuentro funesto. Los troyanos sin Troya abandonan Tracia y se dirigen hacia Creta, la isla sin murallas, porque sabe Eneas que los muros llaman a la guerra.

De camino al oeste, llegan a las islas Estrófades, en las Jónicas. Expulsados por falta de espacio (la tierra no se multiplica cuando hay hambre), son obligados a partir. Los espera Cartago con su reina, Dido, que los recibe con los brazos abiertos. Se produce en este encuentro uno de los momentos cumbre de la literatura universal. La maestría de Virgilio recoge las lágrimas de los derrotados. Eneas, harapiento, exhausto de navegar, entra en el palacio de Dido y observa los murales de sus paredes. Allí se narra la suerte de Troya, el incendio que acabó con la ciudad, el caballo malnacido, la muerte y destrucción de los troyanos. Eneas llora como un niño al ver reflejada su historia. Troya es la ciudad que no existe pero de la que nunca podrá huir. La lleva pegada a la piel.

El romance no tarda en surgir entre Dido y Eneas. Pero el héroe troyano está llamado a empresas más grandes. Decide partir hacia un rumbo incierto, aún con las ascuas ardientes en el lecho de amor. La despedida es trágica. Dido maldice a su amante y se arroja al fuego. Sus últimas palabras son una profecía: el pueblo que engendre Eneas será enemigo mortal de Cartago. Y aquí tenemos la razón de tres guerras púnicas y la destrucción de Cartago, muchos siglos después, por el general Escipión.

Eneas continúa hacia Sicilia. Supera el tridente montañoso de la isla y desembarca en la costa napolitana. Se dirige hacia el oráculo de Cumas, una de las puertas del in-

fierno del Mundo Antiguo. Allí, conmovido por los recuerdos y el humo de azufre, contemplará el espíritu de su padre, a sus amigos muertos en batalla, a las víctimas de una ciudad perdida, aún en llamas. Finalmente, a lo lejos, ve a Dido, el amor que no pudo cambiar el rumbo de sus pasos. En los últimos versos de la *Eneida* el héroe llega a las costas del Lacio, en la playa del Circeo, donde aún se conserva la casa que Alberto Moravia tenía frente al mar y donde esperaba cada mañana encontrar a Eneas. El héroe troyano empieza una nueva vida. Se casa con Lavinia, hija del rey de los latinos, y funda la ciudad de Lavinio. Su hijo, Ascanio, continuará la tradición de crear ciudades, poniendo la primera piedra de Alba Longa, a escasos kilómetros de lo que hoy es Roma. En apenas unos siglos, la memoria de los refugiados se habrá mezclado con el relato de los autóctonos. Dos gemelos de la misma sangre que aquel fugitivo estaban llamados a cambiar el mundo. Así lo cuenta Virgilio y eso son palabras mayores.

Los orígenes de Roma están en el viaje. Una derrota y un viaje. De la misma forma, la escritura de la mayor epopeya latina también pende del hilo viajero. Virgilio fue el mayor poeta del imperio. Su última obra debía conectar familiarmente a aquel refugiado troyano con las glorias del nuevo gobernante, Octavio Augusto. Después de escribir el poema se embarcó rumbo a Grecia con el emperador para asegurarse de haber sido exacto en la descripción de los escenarios troyanos. Pero su cuerpo ya no toleraba esos largos viajes por mar. La enfermedad lo había debilitado mucho. Aun así, Virgilio quiso apuntarse a la expedición. A la vuelta, tras desembarcar en Brindisi, supo que no sobreviviría a la noche. Reunió a Augusto y le pidió que quemase la obra que acababa de escribir. Murió Virgilio creyendo que las cenizas acabarían con la memoria de Eneas, al igual que Kafka, obsesionado con convertir sus escritos en humo. Pero siempre hay alguien que contraviene las órdenes del moribundo. Eneas cruzó el Mediterráneo en hexámetros dactílicos y cambió la historia de la literatura. Virgilio salvó Troya, aunque la ciudad no fuese más que cenizas, siglos después de su destrucción.

Diego de Ordás escala el Popocatepetl

Diego de Ordás había sobrevivido a los ataques de los indios del Yucatán. Uno de los pocos que se habían mantenido fieles a Cortés en la quema de sus naves. De los que habían fundado Veracruz con sus manos. Y quería llegar hasta el final, contemplar la ciudad de Tenochtitlán y navegar por sus canales mientras las indias lanzaban flores a su paso. Observó aquella montaña que se perfilaba en el horizonte. Le pareció mucho más grande que las que había visto durante su expedición. Nunca en Castilla, en su Zamora natal, había experimentado esa sensación de grandeza. La meseta parecía una simple colina frente a aquel monstruo nebuloso.

Supieron gracias a la nube pastosa que salía de su interior que se trataba de un volcán. Los lugareños lo llamaban Popocatépetl, la cima que humea. Ordás llevaba un arcabuz atado a la espalda. Uno de los problemas a los que se enfrentaban los españoles era el clima y la falta de suministros. Ambos relacionados con la pólvora. Sin ese polvo mágico gracias al cual el pecho de los enemigos explotaba, los españoles estaban en clara inferioridad. Ni conquistarían Tenochtitlán ni vencerían a Moctezuma.

Y la pólvora se había acabado. Nadie le pidió a Diego de Ordás subir hasta el volcán, pero en la guerra no hace falta que se mencionen ciertos mandatos para que se cumplan. A un lado de la calzada azteca, el volcán le daría la oportunidad de reponer la falta de suministros. Subiría hasta el cráter del Popocatépetl y tomaría el suficiente azufre para fabricarla.

Ordás lleva armadura y casco. Por ahí camina. Le pesan las piernas. Las arrastra. La pendiente cada vez es más empinada. Ya no hay rastro de vegetación y sus pisadas levantan un ligero polvo que huele a quemado. La tierra es negra. El Popocatépetl de vez en cuando tiembla, avisando de que es terreno prohibido para los mortales. Piensa que tal vez tengan razón los guías indios, cuando se mesaron los cabellos y lloraron ante la idea de perturbar la paz del volcán. Huele a muerte. Huele a que nunca hubo vida por allí.

Camina junto a dos compañeros. Lleva una caja de madera en la que guardar el azufre. El de la cima será el idóneo, no mezclado con tierra ni otros minerales que harían inservible la fórmula. El volcán tiene una forma cónica perfecta. Parece una pirámide. En la última parte de la escalada (asciende a 5500 metros) todo está cubierto de nieve. Una mezcla de ceniza y nieve, lo cual hace que el camino sea resbaladizo. Mantiene la respiración. Le cuesta hablar. Apenas puede ver, entre el cansancio, la falta de oxígeno y el humo, que está por todas partes. Alza la mirada. En el lado derecho encuentra otra montaña prominente. Es el Iztaccíhuatl, el volcán hermano. Desde allí observa el valle, la geografía descendente hasta una gran ciudad. Aquello debe ser Tenochtitlán. Allí dormirá Moctezuma sin saber que está ante los últimos días de su reinado. Ordás recoge mientras tanto el azufre necesario. Le lloran los ojos. No puede resistirlo más. Debe bajar cuanto antes al mundo de los vivos. Abajo, Cortés y sus hombres han apostado que morirá y que no lo volverán a ver. Nadie tiene con qué pagarle cuando regresa llorando tras haber conquistado el volcán.

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios

epalacios@siruela.com

Tel.: 91 355 57 20